

ALBERTO ROJAS M.

La venganza de la Reina

Leyendas de Kalomaar II



Áurea Ediciones

*Para mis sobrinos Renate, Alexandra, Carla Isabel y Oliver. Lectores
incansables y personas maravillosas. Gracias por todo su cariño.*

Las antiguas leyendas de Kalomaar, esas que se cuentan de padres a hijos, muchas veces a la luz de alguna fogata, durante un viaje en caravana por el desierto o bajo un cielo estrellado en mar abierto, hablan de una tierra muy diferente a la nuestra. Una época llena de extensos imperios y poderosos reinos que nacieron y cayeron a lo largo de siglos. Y donde el metal de la espada más afilada podía rivalizar con el mejor de los hechizos.

Fue precisamente durante ese tiempo que surgieron las historias que se cuentan hasta hoy de Tramey, hija de Feldar y Tarid, quien creció a la sombra de velas hinchadas por el viento y el bramido de cañones en plena batalla. La misma que con los años, luego de decenas de viajes por los mares y océanos de Kalomaar, se convertiría en la Primera Consejera de la Hermandad del Viento. Y cuya palabra se volvería ley.

Pero mucho antes de eso, antes de la Batalla de la Puerta de Torkán y de la destrucción de la ciudad de Loriam, Tramey era solo la capitana del Tormenta de Fuego. Y cada día en Kalomaar era el comienzo de una nueva y arriesgada aventura para esta joven pirata y su temeraria tripulación.

Reyes, mercaderes, guerreros y hechiceros supieron de su valor y de sus hazañas, mientras que otros conocieron de cerca su furia y el destello mortal de su espada. Fue así como el nombre de Tramey entró a la historia de este mundo y acabó convertido en leyenda.

FRAGMENTO DEL LIBRO
La Historia Perdida de Kalomaar.

1

Los guardias en el puerto de Rotjak estaban acostumbrados al frío de la noche, pero eso no hacía más fácil su trabajo. En los últimos seis meses les había tocado vigilar el zarpe de numerosos buques de guerra en apoyo a las nuevas campañas militares de la reina Tardish, así como el desembarco de las tropas que regresaban de ultramar o de prisioneros destinados a engrosar la oferta en los mercados de esclavos. Funciones rutinarias muy lejanas de cualquier peligro real.

A diferencia del puerto de Zuul, la enorme capital del reino de Kardab, Rotjak era de uso exclusivo de la flota de guerra; nada de mercaderes de productos exóticos o animales provenientes de tierras lejanas. De modo que por sus muelles solo circulaban guerreros, armas y bestias que necesitaran transporte desde o hacia alguna zona de conflicto.

Eldar-Kot era el oficial a cargo del puerto durante esa semana y solo esperaba que su turno acabara pronto para

volver a su hogar, junto a su esposa y sus tres hijos. Envuelto en una gruesa manta de lana, cada noche recorría uno a uno los puntos de vigilancia del puerto, compartiendo algunas palabras con los ateridos guardias y un buen tazón de sopa caliente. Tenía fama de ser exigente, pero atento con sus hombres.

El eco de las pisadas de sus botas resonó por los muelles. Otra noche sin novedad, pensó Eldar-Kot, mientras escrutaba el mar oscuro e inabarcable que se extendía más allá de la luz de las antorchas. El mismo que cada noche le regalaba el pausado rumor de las olas rompiendo en las defensas de piedra, y que en los últimos meses se había vuelto un compañero fiel durante sus recorridos nocturnos.

A lo lejos, apenas visibles, diminutos destellos delataban la presencia de algún barco con rumbo desconocido. Mientras que en la bahía se mecían de manera apenas perceptible algunos de los mejores buques de guerra de la flota real. Entonces, una voz de alerta rompió la quietud de aquella noche.

—¡Comandante! ¡Se acerca una columna de jinetes!
—gritó uno de los vigías apostados en el perímetro más externo del puerto.

—¿Cuántos son? —gritó en respuesta.

—¡Al menos cincuenta!

—¿Qué?

Eldar-Kot llevaba más de veinte años en la Marina Real y sabía perfectamente que solo la reina o sus generales más cercanos viajaban en columnas tan numerosas. Y no pudo evitar preguntarse quién visitaría el puerto pasada la medianoche.

Rápidamente ordenó a sus hombres agruparse en una formación de tres filas para recibir a tan misteriosa figura.

Sea quien sea, pensó, será conveniente rendirle los honores pertinentes.

No tardaron mucho en llegar hasta él los primeros guerreros a caballo, vestidos con armaduras livianas y yelmos decorados con bajorrelieves. Todos portaban espadas y escudos, además de lanzas y ballestas. No solo era una columna numerosa, también estaba muy bien equipada para el combate.

—¿Quién está a cargo? —preguntó un oficial joven, de barba corta y mirada vivaz.

—Yo lo estoy. Mi nombre es Eldar-Kot. ¿Y el suyo?

—Me llamo Ruraj, primer oficial del almirante Korlam, quien viene a tomar el mando de su nueva nave insignia. ¿Está todo listo?

—¿El almirante Korlam? —balbuceó Eldar-Kot—. Pero... nadie me informó que él vendría. Mucho menos a esta hora.

—¿Me quiere decir que no está preparado para recibirlo? —dijo Ruraj remarcando cada una de sus palabras—. ¿Eso pretende que le diga al almirante?

—No, por supuesto que no, es que yo...

—¿Usted qué... comandante? —dijo una voz grave, que se abrió paso en medio de la columna de guerreros.

En ese instante Eldar-Kot vio aparecer a un hombre alto, de cabello cano, abundante barba y ojos grises. En su mano izquierda cargaba un yelmo ricamente decorado, que hacía juego con los diseños de su coraza, mientras su mano derecha descansaba en la empuñadura de su larga espada. Era el almirante Korlam. Una leyenda de los mares y un héroe en todo Kardab, además de ser uno de los pocos oficiales que en público había cuestionado una orden directa de la reina Tardish y había vivido para contarla.

—Nada, nada señor —repuso Eldar-Kot haciendo una reverencia—. Sea usted bienvenido a Rotjak; estamos a sus órdenes. Dígame, por favor, ¿en qué podemos ser útiles?

—Gracias por su atención, comandante, pero no pretendo quitarle mucho tiempo. Simplemente he venido a tomar el mando del Cazador Nocturno.

Eldar-Kot se quedó en silencio, intentando articular una respuesta inteligente.

—Almirante, lo felicito por su designación, pero nosotros no hemos recibido ninguna orden en ese sentido.

—¿Acaso usted y sus hombres no fueron informados oportunamente? —dijo—. ¿Me quiere decir, entonces, que no puedo embarcarme junto con mis hombres?

—No, no he dicho eso, señor. Es solo que nunca nos llegó ningún mensaje desde el palacio y...

—Aquí tengo mis órdenes con el sello de la mismísima reina Tardish —dijo el almirante Korlam, extendiendo ante Eldar-Kot un documento enrollado que permanecía atado con un listón azul oscuro—. Si gusta, puede revisarlas.

—No, por supuesto que no. Es solo que...

—Comandante Eldar-Kot, no tengo tiempo que perder. De modo que si nos puede indicar dónde se encuentra el Cazador Nocturno, se lo agradecería.

Los años de experiencia le habían enseñado que esa no era una petición ni una sugerencia, sino una orden.

—Por supuesto, por favor, síganme.

Eldar-Kot, junto con diez de sus hombres, avanzó sobre aquel suelo adoquinado, seguido a corta distancia por el almirante Korlam y sus oficiales. Apenas quince minutos después, al doblar tras unas bodegas de ladrillo, llegaron a su destino.